

cefepal

**LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS
EN LA INTERPRETACION
FRANCISCANA**

**RAICES FRANCISCANAS
GERALD DE MANLEY HOPKINS**

**LA CRISIS ECOLOGICA:
ANALISIS Y PROSPECTIVA**

**CUADERNOS
FRANCISCANOS**

16/1983 - diciembre - n. 64

RAICES FRANCISCANAS DE GERALD MANLEY HOPKINS

Camilo E. Luquin, OFM Cap.

Gerald M. Hopkins (1844-1889) fue un poeta casi desconocido en su tiempo fuera del ámbito de un grupo de amigos. Su poesía, publicada por uno de ellos, Robert Bridges, en 1918, tampoco tuvo mayor repercusión, a no ser en algunos círculos restringidos. Pero, a partir de 1930, el prestigio del poeta jesuita comenzó a consolidarse en Inglaterra, convirtiéndose muy pronto en un verdadero "boom". Se multiplicaron las ediciones de sus poemas, se publicaron sus sermones, cartas y otros escritos, y, especialmente en los últimos decenios, aparecieron numerosos estudios sobre su obra, así como varias biografías, porque ya no se trataba solamente del extraordinario interés suscitado por su poesía, verdaderamente singular e innovadora, sino por la rica, y en no pocos aspectos contradictoria, personalidad de Hopkins.

Muy pocos eran hasta tiempos recientes los conocedores y admiradores del poeta jesuita en el ámbito hispánico, entre los que nos contábamos desde hace no pocos años. Sin duda, el más conspicuo y devoto de ellos es el también jesuita español Manuel Linares Megías, que ha dedicado muchos años de su vida al estudio y difusión de su obra a través de diversos trabajos, y entre ellos de su *Antología bilingüe* (Sevilla, 1978), precedida de un amplio esbozo biográfico y un ponderado análisis de su estética y su espiritualidad, y que se propone publicar para el centenario de la muerte de Hopkins (1989) su vida y poesía completa.

Leyendo y releendo —es inevitable y muy gratificante hacerlo— a nuestro, por más de un motivo, incomparable poeta, se tiene la impresión de que se trata de un cantor solitario e impar, ajeno a toda tendencia o escuela, si bien se reconocen en él influencias de los antiguos bardos anglosajones y de los clásicos ingleses, pero soberanamente original y actual; y, a nuestro parecer, uno de los poetas mayores de la cristiandad de todos los tiempos.

Nacido el mismo año que Paul Verlain, y contemporáneo, por consiguiente, de la escuela simbolista, Hopkins, que negaba a toda poesía parnasiana su condición de tal, porque, a pesar de la perfección y el esplendor formal de su propia poesía, nada hay más ajeno a ella que la búsqueda del arte por el arte, participa, sin embargo, de su misma preocupación por el lenguaje simbólico, su vibración interior, su sugestión y su "arqueología", poniéndolas al servicio de una casi desesperada búsqueda de autenticidad y de verdad, a través de una implacable, y a veces despiadada exploración de los más ocultos resortes del espíritu y de las energías latentes en el universo de Dios. El resultado es, más allá de todo esplendor formal, una creación poética con una complicada estructura de significación, que trasciende el lenguaje y sus sentidos primarios, hasta hacerla muchas veces casi hermética, ofreciendo numerosas claves de lectura, y abriéndose en una perspectiva de comunión cósmica, y de alguna manera también mística con el Uno y con todo.

Esta búsqueda de interioridad de Hopkins está referida no sólo a los propios estados de alma, sino al paisaje exterior, las cosas creadas, cuya intimidad y "última soledad", para utilizar la expresión peculiar de Duns Scoto, de quien Hopkins fue un admirador entusiasta, o su "intrínseca forma" (*inscape*) intenta penetrar el poeta con un lenguaje tan *expresivo* que parecería agotar todas sus posibi-

lidades. “La forma intrínseca es el alma del arte”, decía, y toda su poesía, y aun su prosa, no es sino un ejercicio contemplativo para encontrar la propia razón de ser de la criatura, y “especular” a Dios, como diría san Buenaventura, a través de ella.

Y en esto, y en la extrema novedad de su lenguaje poético, radica la originalidad de Hopkins, que se anticipa en mucho a su tiempo y se encuentra con las corrientes más renovadoras del arte y la poesía contemporáneas.

No es nuestro propósito analizar aquí la poética de Hopkins, pero aludiremos más adelante a algunos de sus elementos más peculiares en relación con el propósito de estas líneas: descubrir sus raíces franciscanas.

Una vida apasionada

Gerald Manley Hopkins nació en Stratford (Inglaterra), de padres anglicanos, cultos y muy religiosos ambos, cuyos siete hijos, cuatro varones y tres mujeres, heredaron su gusto por la cultura y las artes, y varios de ellos también su fervor religioso; la mayor de las mujeres ingresó en un monasterio anglicano, y Gerald Manley se convirtió al catolicismo, ingresando en la Compañía de Jesús a los 24 años, con gran disgusto de sus padres.

Desde muy niño se distinguió por su inclinación a la soledad y su afición por la música, la pintura y la poesía. Sensible y muy soñador, fue también un muchacho estudioso y despierto, además de lector incansable. Uno de sus profesores lo describe así: “Un jovencito pálido y muy fino y activo, con un aire meditativo e intelectual”.

A los 19 años ingresó como interno en uno de los célebres colegios universitarios de Oxford, cuyo ambiente y entorno cultural y físico lo marcarían fuertemente, como que dedicó una serie de sonetos a esa ciudad, y años después otro al “Oxford de Duns Scoto”, cuya “intuición sin rival” le ayudaría también a él a descubrir “de la realidad las más extrañas venas”.

Sus estudios universitarios, a los que se entregó con pasión, el contacto con maestros eminentes, las tertulias literarias y religiosas, sus paseos solitarios por la ciudad y sus alrededores, que alimentaban su espíritu contemplativo, y le llevaban a estudiar con la meticulosidad de un entomólogo, y a admirar las “concretas formas de la naturaleza” con verdadera “pasión” y aun “furia”, según sus propias palabras, por captar su “intrínseca forma”, ocuparon su vida de estudiante, y despertaron en su espíritu impulsos latentes, y un deseo de perfección y coherencia interior, que se avenían bien con su temperamento puritano y exigente.

Las tendencias de los maestros de Oxford, tradicionalistas o liberales, religiosos o racionalistas, polarizaban al estudiantado de Oxford. La finura de espíritu de Hopkins, su modestia, honestidad y buen sentido que le atribuyen algunos de sus discípulos, le impidieron embanderarse; pero, en cambio, pronto tomó partido por el “movimiento tractarista” de vuelta a la Iglesia católica, capitaneado por personalidades tan destacadas como Pusey y Newmann, cuya *Apología* escrita en 1864, influiría decisivamente en su conversión al catolicismo dos años después, luego de un período de vacilaciones, temores y resistencias, y mucha oración: “Habla, susurra a mi acechante corazón una palabra”, hasta que encontró lo que buscaba: “Hallé la dominante de mi línea y estado: / el Amor, oh mi Dios, llámarte Amor y Amar”.

Newmann, y su sucesor en el Oratorio de Oxford, Henry Liddon, acompañaron sus primeros pasos en el seno de la Iglesia católica, si bien su conversión, dado su temperamento solitario e introvertido, fue una decisión muy personal y casi súbita, o más bien, se encontró de pronto siendo católico, como él mismo dice. Se trataba de una exigencia de renunciamiento a la facilidad y comodidad, de

disciplina interior, muy acorde con su modo de ser, y la manera de alcanzar la “consistencia y firmeza” y la “unidad” que andaba buscando para su vida, y que, según su modo de ver, no podía ofrecerle el anglicanismo, la “casa a medio camino”. La Iglesia, con su tradición de santidad, la solidez y permanencia de su doctrina y sus “declaraciones”, y su sacramentalidad, expresada especialmente en la Eucaristía: “Ya tienes lo que quieres, pasa estos muros, / Alguien dijo: ‘El es contigo al partir el pan’”, se le ofrecía como el lugar adecuado para realizar su profunda aspiración a una vida disciplinada y coherente y a su búsqueda de perfección. Esto es lo que dice y sugiere la larga carta que escribió a sus padres explicándoles su decisión.

Dos años después de su conversión tomó la decisión de ordenarse sacerdote e ingresar en la Compañía de Jesús, que se le presentó como la institución religiosa más adecuada para su búsqueda de disciplina y de rigor.

Antes de ingresar, y no sin muchas vacilaciones, decidió también destruir todos sus poemas; y así lo hizo constar en su diario, con un humor quién sabe si muy inglés: “Hoy, matanza de los inocentes”.

Y durante casi diez años se abstuvo de escribir poesía, lo que constituyó un gran sufrimiento para él, poniendo bajo sospecha el propio don de Dios, que no otra cosa era su enorme capacidad creativa, como si se tratara de una actividad “peligrosa”, o de algo “contrario a mi estado y vocación”, actitud solo explicable teniendo en cuenta la delicadeza de su conciencia, rayana en el escrúpulo, y su puritanismo anglicano.

Felizmente, acabó superando esa aprensión, si bien nunca enteramente, mientras volcaba su capacidad creativa en su diario y otros escritos. Después de un silencio tan largo, demasiado para una vida tan corta, su inspiración desbordó todas las barreras represivas, y escribió su extenso (35 estrofas), deslumbrante y sorprendente poema *El naufragio del Deutschland*. A la memoria de cinco monjas franciscanas, ahogadas en el hundimiento de ese barco en la costa de Inglaterra, considerado como una de las mayores creaciones poéticas de toda la literatura inglesa, al que nos referiremos más adelante.



Gerald Manley Hopkins, S.J.
(1844-1989)

Terminados sus estudios eclesiásticos, que alternaba con tareas docentes (literatura clásica y retórica) en el estudiantado jesuita, él que era un contemplativo nato, debió orientar su vida hacia la actividad pastoral y docente, siempre sujeto en cuerpo y alma a la voluntad de sus superiores, hasta extremos que acababan arrancándole a veces lastimosos quejidos, tareas casi siempre desbordantes y agotadoras, y en los lugares más dispares, desde un barrio elegante de Londres hasta los suburbios obreros de Liverpool y Glasgow. Su talante intelectual y su peculiar modo de ser refinado e introvertido le hacían difícil encontrar eco entre los destinatarios de su actividad apostólica, que desempeñó, sin embargo, con un gran celo. Por lo demás, tenía un notable don de gentes, uno más entre los varios aspectos contradictorios de su personalidad, y de acuerdo con numerosos testimonios de la época, impactaba a todos por su espíritu sacerdotal y religioso, la dignidad y respeto con que desempeñaba las funciones ministeriales, su cortesía y cordialidad, su sencillez y pureza de corazón.

Mientras ejerció su apostolado en barrios obreros, se sintió fuertemente impactado por la situación de miseria y explotación de los asalariados, y como no conocía las medias tintas... casi se hizo comunista: "Temo que no está lejos una revolución —escribe a R. Bridges— Me horroriza decirlo: en cierta manera yo soy un comunista. El ideal de ellos, abatiendo algunas cosas, es más noble que el que profesa cualquier secular hombre estatal que conozco (reconozco que yo vivo a la luz del que batea, y disparo a la ventura). Pero, además, es justo. No creo en los medios que ellos utilizan para conseguirlo. Pero es algo terrible que la más numerosa y la más necesaria parte de una verdaderamente rica nación viva una vida dura sin dignidad, sin instrucción, sin comodidades, sin gozos ni esperanzas, en medio de la abundancia que ellos mismos producen. Ellos profesan que la vieja civilización y orden deben ser destruídos, sin importarles qué es lo que hagan naufragar o quemar. Es un modo terrible de ver las cosas, pero ¿qué es lo que la vieja civilización ha hecho por ellos?"

Su "excentricidad", por un lado, fruto de su propia genialidad y sus contradicciones interiores, y su vulnerabilidad, por otro, agudizada por una sensibilidad fuera de serie y una salud precaria, junto con la clara conciencia, que nunca le abandonó, de su vocación sacerdotal y religiosa, y la admirable libertad interior que se advierte en todos sus escritos, le enfrentaron hasta el fin de su vida con dolorosos desgarramientos, especialmente en sus últimos años, lo que reflejó de una manera dramática en numerosos poemas, como el titulado *Consuelo de la carroña* o los admirables "terribles sonetos", como él mismo los llamó, y verdaderamente lo son:

*"Estoy despierto y siento el manto de la noche, no el día.
¡Qué horas, oh qué negras horas pasamos esta noche!
¡Qué visiones tuviste, corazón! ¡Por qué caminos
viniste, y más nos queda, sin que llegue la luz!"*

Por otro lado, le fue invadiendo hacia el final de su vida un sentimiento de frustración, y se autoanalizaba de una manera implacable: "Estoy avergonzado de lo poco que he hecho, de mi pérdida de tiempo, aunque mi impotencia y mi debilidad es tal que apenas si puedo hacer otra cosa. Y, sin embargo, el sabio nos avisa contra el excusarnos a nosotros mismos así. No puedo ser disculpado; pero ¿qué es la vida sin objeto, sin acicate, sin ayuda? Todos mis proyectos abortados...". "Soy como un forzado eunuco. Deseo por lo tanto morir; pero, si muero ahora, moriría imperfecto, sin dominio de mí mismo, y éste es el peor fracaso de todos. Oh, mi Dios, compadécete de mí".

Hay que tener en cuenta que su obra apenas fue conocida mientras vivió, y que razonablemente no podía pensar que le fuera a sobrevivir; en realidad, escribía para sí mismo y para algunos de sus amigos, si bien trató de publicar algunos de sus poemas y otros trabajos con escaso éxito. Escribe a Robert Bridges: "Si al-

guien con autoridad, conocedor de que poseo algunos poemas, me sugiriera imprimirlos, no lo rehusaría. Me gustaría, aunque no demasiado. Pero esto no es probable. Todo lo que deseo hacer es guardar mis versos en algún lugar —al presente ni siquiera tengo copias corregidas—, para que si a alguno le agradare, lo pueda hacer después de mi muerte. Lo que también parece improbable o remoto”. Es increíble que, además, juzgara a su propia poesía falta de inspiración.

¡Qué lejos estaba de sospechar que se escribirían varias biografías sobre él y docenas de libros y diversos estudios sobre su poesía y sus demás escritos, e incluso libros enteros sobre uno solo de sus poemas y aun sobre algunas pocas palabras suyas!

Ciertamente, sus últimos años estuvieron marcados por la desolación, y fueron como una especie de pre-agonía: “Inmerso en el fondo de la angustia / mis agonías —adiestrado en preagonías—, más salvajes me ahogan”; y su melancolía, su fatalismo y ese recurrente sentimiento de amargura y frustración que reflejan no pocos poemas suyos, y especialmente los “terribles sonetos”, enturbiaron su espíritu hasta el punto de desear la muerte como una liberación; pero también, ¡qué explosiones de gozo, qué deslumbramiento e *instress* (impacto y tensión interior) revelan poemas como *Multicolor belleza*, *Hurras por la cosecha*, *El halcón*, *La noche estrellada*, *Grandeza de Dios* y otros, algunos de los cuales citaremos más adelante!

Pero, a casi un siglo de su nacimiento, y gracias sobre todo a que Hopkins supo sobrellevar con resignación y dignidad la pesada cruz de sus frustraciones y su desolación o esa “bendita agonía y tensión de sí mismo en Dios” de que él habla refiriéndose a Cristo, su vida se nos aparece como extraordinariamente hermosa y fecunda, y sus últimas palabras en el lecho de muerte: “¡Soy tan feliz!”, que repitió una y otra vez, revelan hasta qué punto la gracia de Dios y los dones naturales con que él lo adornó acabaron fructificando y venciendo a sus demonios interiores.

“Lo que amó —dijo su hermano de religión, el P. Peter Levi, con ocasión de la colocación de una lápida en su memoria en 1975 en la abadía de Westminster— fue la vida, cualquier cosa en lo que hubiera vida: una estrella, un halcón, una campanilla azul, la andadura de un río, la viva savia y la lozanía de la estrella, del ser humano, del sol elevándose sobre un mar vacío. En todo esto él adoraba a Cristo. Fue como un amor corpóreo. Leyó el mundo como un libro profético, en que su tarea era siempre descubrir a Cristo. No estuvo libre de los prejuicios y de las limitaciones condenables de su propio tiempo. Todos estamos condenados a nuestras limitaciones, pero hemos sido liberados por Cristo, aun en la prisión de nuestras vidas. Gerald M. Hopkins fue profundamente libre, a pesar de cualquier contrariedad, y esto es precisamente lo que lo hizo tan gran poeta. No fue la curiosidad de sus estudios, ni la majestuosa honestidad de las lecciones que aprendió de Ruskin, ni siquiera su asombrosa maestría técnica, o su autoridad moral. Es algo como el amor. Es una interna comunión con la lozanía de esta tierra, con la impetuosa audacia de un animal. Cristo está en todo eso, y es el poder moral de Cristo el que lo hace libre”.

Hopkins pertenece a “esa pequeña, y de alguna manera desesperada minoría de hombres religiosos”, cuya verdadera grandeza trasciende a su propio tiempo hasta convertirse en arquetipos de una época. “En G. M. Hopkins Dios ha hecho su obra, y sigue haciéndola... Su poesía es como la profecía que Dios, misericordioso con el futuro, conservó viva en la íntima lozanía de una voz viviente para el tiempo en que íbamos a necesitar de ella”.

Su amor por la naturaleza y por la vida

Y ahora la necesitamos. Estamos necesitando de urgencia hombres “desesperados”, contradictorios y un poco “tocados”, capaces de apostar por lo simple

e inútil, lo gratuito y lo sobreentendido, los sueños y los mitos y toda la “arqueología” humana.

Y entre todas las cosas gratuitas e “inútiles” está, sin duda, hoy en un primer plano la naturaleza o la creación de Dios, cuyos vestigios están cada vez más enturbiados y borrosos en las criaturas, que El creó para que lo pudiéramos rastrear y “especular”; pero cada día estamos más siendo arrastrados por esa diabólica “espiral hacia atrás”, cuando Dios ha dado a todas las cosas creadas “una moción continua y hacia adelante”, como dice bellamente Hopkins en uno de sus sermones.

La relación hombre-naturaleza está hoy tan enturbiada que harán falta legiones de artistas y poetas, profetas y “locos” de toda laya para restaurarla, devolviendo a los hombres el sentido común y el espíritu de ponderación, la “sínderesis” bonaventuriana.

Hopkins se angustiaba hasta la desesperación cuando veía destruir las criaturas de Dios. Anota en su diario lo siguiente, al observar que estaban talando un fresno en el jardín de su residencia: “Talaron el fresno que crecía en un rincón del jardín. Lo podaron primero: oí el ruido, y al asomarme y verlo mutilado, me sobrevino al instante una gran angustia, y me dieron ganas de morirme para no ver más cómo se destruyen las intrínsecas formas del mundo”.

Y expresa también ese sentimiento, ese desgarramiento en su propia carne en un poema: *Alamos de Bisney, caídos en 1879*, como si se tratara de criaturas racionales:

*“Mis temblorosos álamos queridos, cuyo airoso enrejado
aprisionaba entre sus hojas el danzante sol,
todos caídos, caídos, todos caídos...
Los que vendrán después ni adivinar podrán siquiera
la belleza que fue”.*

No de otra manera san Francisco se preocupaba, y sin duda también se angustiaba por los árboles talados por sus hermanos, o por las hierbas silvestres arrancadas por el hermano jardinero, las aves enjauladas o el gazapillo cautivo; todas eran para él criaturas “preciosas”, y por eso las amaba con un “amor entrañable” (san Buenaventura), fraterno y materno a la vez. Y:

*“¿Qué será del mundo, una vez despojado
del agua y de la selva: Dejádnoslas así.
Oh, mantenedlas siempre húmedas y bravías,
vivan siempre los brezos y los yermos salvajes” (Inversnaid).*

Había en Hopkins una predisposición congénita para lo bello que se manifestó desde su infancia (siendo todavía un niño era frecuente verlo encaramado en un árbol y contemplando largamente el paisaje), y una inclinación precoz al cultivo de las artes, especialmente la pintura (se han conservado algunos dibujos suyos extrañamente sugestivos), la música (pensaba que la poesía participa de la condición de la música, y se extasiaba escuchando a H. Purcell, a quien dedicó un denso y enigmático poema) y la poesía. Su profundo conocimiento de las literaturas clásicas —fue un experto en latín y griego— influyó decisivamente no sólo en la utilización de los ritmos propios de aquélla, sino sobre todo en el equilibrio de las formas, visible en toda su poesía, no obstante su carácter innovador y su modernidad.

A esto hay que agregar, como lo señala Manuel Linares Megías (*Camino de perfección de G. M. Hopkins*. Revista “Manresa”, vol. 52, p. 326) su dependencia de los prerrafaelistas ingleses, con su gusto por la claridad y la pureza; su misma figura, como se puede ver por el retrato que publicamos en estas páginas, tenía un aire prerrafaeliano.

Y tampoco hay que dejar de lado el temperamento afectivo de Hopkins, su capacidad intuitiva y su hiperestesia, que de no haber estado compensadas por un sólido pensamiento teológico y una fe profunda, pudieran haberlo llevado a alguna forma de desequilibrio mental o psíquico; de hecho, estuvo al borde de él en algún momento de su vida.

También Francisco de Asís estuvo dotado de un temperamento marcadamente afectivo e intuitivo; a lo que también hay que agregar su vinculación espiritual con el movimiento provenzal, que dejó profundas huellas en su espíritu y en su vida desde su juventud.

Tanto en uno como otro, san Francisco y Hopkins —y el paralelo, como es fácil advertir, no es gratuito— la naturaleza, las cosas creadas tienen una entidad tan sustantiva que afecta hondamente todo su psiquismo, y se convierte en uno de los puntos de referencia obligados para el estudio de su personalidad.

Y así como en san Francisco se operó una purificación y espiritualización de los elementos peculiares del idealismo caballeresco de origen provenzal, así también en Hopkins, luego de su conversión, se desarrolló un proceso de decantación y purificación de un cierto sensualismo y naturalismo —tentación permanente de su espíritu— visible en su poesía anterior, y de espiritualización, con una nueva proyección teológica y crística.

Hopkins contempla la creación en una perspectiva de encuentro y comunión, porque podía ver todas las cosas “como si estuvieran iluminadas desde dentro” y “de un modo indefinible altamente significativo”, no de otra manera que san Francisco, para quien todas las cosas “llevan” también una “significación”, si bien en Hopkins hay una preocupación fuertemente estética; pero, aun la belleza exterior y formal, está en función de esa mirada interior y esa ejemplaridad de las criaturas.

Como para san Francisco, también para Hopkins el resultado de esa actividad contemplativa o “sobre-elevación” (san Buenaventura) es una aproximación afectiva e íntima a las criaturas, que muchas veces se convierte en una comunión cósmica y aun mística, de la que sólo es capaz un contemplador religioso.

No conocemos ningún otro poeta en el que la realidad, las criaturas y su dimensión simbólica y expresiva, estén tan sustantivamente presentes como en Hopkins, y ningún otro que remita de una manera tan clara a una cosmovisión teológica y espiritual franciscana como él.

Como ejemplo de lo que venimos diciendo, y de lo que enseguida agregaremos, citamos aquí íntegramente dos poemas de Hopkins, en la espléndida versión de Dámaso Alonso (*Seis poemas de Hopkins*, en *Poetas españoles contemporáneos*. Ed. Gredos. Madrid):

Vitores en la cosecha

Ahora acaba el verano;
con bárbara hermosura las hacinas se elevan
alrededor; arriba, muy arriba,
iqué andanzas de los vientos, y qué bello ese porte
de los sedefios sacos de las nubes!

¿Acaso alguna vez
torbellinos de harina más salvajes,
más ondulados caprichosamente,
en moldes se fraguaron, fundieron entre el cielo?

Yo camino: levanto, yo levanto
el corazón, los ojos,
para, al fondo de toda gloria de los cielos,
cosechar al Señor.

¡Ay, corazón, ay, ojos, ¿qué miradas,
qué labios os han nunca respondido

con tal amor en raptó
y con esas respuestas tan reales, rotundas?
Las colgantes colinas azuladas
su hombro son, sostenedor del mundo,
lleno de majestad
—tal un enorme y fuerte caballo garañón,
dulce, muy dulcemente violeta—.
Esta hermosura, toda esta hermosura
estaba aquí.
Solo el contemplador faltaba.
Cuando, una vez, por fin los dos se juntan,
al corazón le nacen,
unas alas valientes,
y súbita le escapa,
oh, sí, casi le escapa la tierra bajo el pie.

La noche estrellada

¡Oh, mira a las estrellas, mira, mira a los cielos!
¡Qué ardientes muchedumbres se asientan en el aire!
¡Oh, villas refulgentes, redondas ciudadelas!
En umbría de bosques se ahondan los diamantes.
¡Los ojos de los elfos! ¡Qué frío en esas grises
praderas donde el oro, el oro vivo yace!
¿Sacudido serbal, al viento! ¡Aéreos álamos,
todos en llama! ¡Copos de palomas, flotantes,
que huyeron en bandadas al susto del cortijo!
—¡Ah, ese cielo se compra, todo es premio!
—¡Comprarle!

¡Pujar!

—¿Qué?

—Rezo y votos y limosna y paciencia.

Mira: ¡un hervor de mayo del huerto entre el ramaje!
Mira: es marzo en flor de oro que el salgar ha nevado!
Es el granero. El grano, dentro de los umbrales.
Tras esa valla fúlgida, está en la casa Cristo,
está el Esposo, Cristo, sus santos y su Madre.

“Leyó el mundo como un libro profético, en que su tarea era descubrir a Cristo”, dijo el P. Peter Levi en la ocasión citada. “El libro escrito por dentro y por fuera”, que es compendio de nuestra humanidad exaltada, Cristo, en quien se encuentran “reducidos a unidad lo primero y lo último, lo sumo y lo ínfimo, la circunferencia y el centro, el alfa y el omega, el efecto y la causa, el creador y la criatura” (San Buenaventura, *Itinerario del alma a Dios*, VI, 7. Edic. BAC. Madrid).

Esta presencia *ejemplar* de Dios y de Cristo en la “maravilla y esplendor del mundo” es “el misterio” que Hopkins se esfuerza por descifrar o “desentrañar” (*El naufragio del Deutschland*, 5) “por el desnudo conocimiento, la contrafuerza con la que solo Dios puede mover la aspiración en respuesta a la inspiración”, o la luz de Dios reflejada como en un espejo en las criaturas, para que a través de ellas lo podamos rastrear y especular, según san Buenaventura.

Y el impulso del anhelo es tal en el poeta que el resultado es una actividad creativa profundamente integrada e integradora, a pesar de las quiebras de sus siquismos y sus tendencias desintegradoras, la pluralidad y polaridad de los elementos contrapuestos y las caídas de tensión de una existencia tan contradictoria y paradójica como la suya. Desde ella, y muchas veces desgarradoramente, Hopkins sale al encuentro del “Padre engendrador, cuya belleza es inmutable”, y se manifiesta por igual en el esplendor de los cielos multicolores o “en el paisaje dividido en pastizales y barbechos”, “en las resacas brasas que caen de los castañares en otoño” o “en las alas del pinzón” que en “todo lo que tiembla moteado, abigarrado, y oscila (oh, quién sabría cómo)”, “en todas las cosas opuestas y primarias”, “en lo veloz y lo lento, lo dulce y lo amargo, lo claro y lo oscuro” (*Multicolor belleza*).

En un hermoso poema titulado *Que la naturaleza es un fuego heraclitiano*, y *del consuelo de la resurrección*, condensó Hopkins su visión integradora de la realidad, que descansa no en una búsqueda de un equilibrio fácil o en una perfección formal o clásica, sino en una concepción del mundo como un continuo proceso de cambio y transformación, y una búsqueda insaciable de afirmación y coherencia interior: “En millones de fuegos la hoguera del mundo sigue ardiendo”. Pero, ¿qué sucederá “si se apaga su más bello esplendor, su más querida y esparcida chispa / el hombre...?”. “Que la carne se apague y el despojo mortal sea pasto de gusanos; / y que el salvaje fuego del mundo quede solo en cenizas; / en un fulgor, al son de la trompeta / seré enseguida lo que Cristo, ya que El fue lo que yo; / y este don-nadie, burla, trasto roto, remiendo, viruta, será inmortal diamante, / es diamante inmortal”.

Raíces franciscanas

El temperamento intuitivo y afectivo de san Francisco se refleja en todos sus escritos, incluidos los legislativos, pero su expresión más acabada es el *Cántico de las criaturas*, que, en su aparente simplicidad, ofrece múltiples claves de lectura e interpretación, como lo ha demostrado E. Leclerc en su excelente libro *El Cántico de las criaturas*.

Se trata de un enfoque simbólico y “expresionista” de la realidad, que cuenta con elementos de esa realidad, percibida espontáneamente como soporte para expresar los propios estados del alma de su autor, o la “intrínseca forma” de los distintos elementos enumerados, y calificados por él de tal manera que ningún otro hubiera podido hacerlo, porque son la expresión acabada de su propia interioridad y su siquismo.

San Buenaventura entendió como ningún otro en su tiempo esa capacidad “contuitiva” de san Francisco y esa visión recreadora de la realidad, y la tematizó en algunos pasajes de *Legenda maior* y en otras obras con su teología simbólica y ejemplarista, cuya *summa* es el *Itinerarium mentis in Deum*, un verdadero “Cántico de las criaturas” en clave teológica, en el que el seráfico Doctor canta la hermosura, plenitud y múltiple operación de las cosas con una emoción y calidez netamente franciscanas.

No es, pues, de extrañar que un espíritu tan sensible a la belleza creada, tan dotado para el lenguaje simbólico y con un temperamento tan marcadamente intuitivo-afectivo como Hopkins se sintiera profundamente atraído por el pensamiento teológico de los dos grandes maestros del pensamiento franciscano, san Buenaventura y Duns Scoto, este último, además, su coterráneo y un “hombre de Oxford” como él.

El mismo Hopkins confiesa que cuando descubrió a Duns Scoto se enamoró de él a primera vista. Y “desde entonces cuando contemplo cualquier forma intrínseca (*inscape*) del cielo o del mar, pienso en Scoto”. Y dice en una carta a R. Bridges: “Duns Scoto me interesa mucho más que el mismo Aristóteles, y más *pace tua* que una docena de Hegels”.

La aguda intuición de Hopkins sobre la naturaleza propia, singular e íntima de la criatura o su intrínseca forma encontró su confirmación en el concepto de la “*species specialissima*” y la doctrina de la “*haecceitas*”, que es la forma individual o la perfección entitativa que está, por decirlo así, más allá de la “naturaleza común” y la libera de la indeterminación propia de la esencia específica. Dicho en un lenguaje menos filosófico, se trata de la profundidad de las cosas, su secreta densidad, esa íntima resonancia o vibración propia que cada criatura que desnuda su concreta y peculiar manera de ser y de existir; seguramente, santa Teresa lo dijo mucho mejor: “Creo que en cada cosita que Dios creó hay algo más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita”. Sólo un verdadero con-

templador o un auténtico poeta puede captar ese “más-de-lo-que-se-entiende”, y descubrir ahí, en ese *sagrado* de la criatura el rastro de Dios, su vestigio y el germen del Verbo.

Esta visión profunda de la realidad, que identifica el acto creativo, está ligada en los grandes poetas religiosos a un temperamento excepcionalmente abierto a los impulsos o energías inconscientes y a la estructura arcaica del hombre, y a una experiencia de Dios en el ápice del espíritu que los lleva a una espiritualización de la materia y de la vida y a una verdadera comunión cósmica; es el caso de san Francisco o de san Juan de la Cruz, y también en buena medida el de Hopkins, excepcionalmente dotado, además, para el lenguaje simbólico.

San Francisco ve el sol como un caballero, lugarteniente de Dios, “señor”, de quien es enviado o “lleva significación”, y en este sentido es también símbolo de Cristo; como el agua “humilde y casta” es la vida que fluye viniendo desde la fuente de toda alegría como por canales de gracia, al igual que las demás criaturas hermanas, e hijas de un mismo “Padre Engendrador”. Y esto lo vivía san Francisco “con una intensidad de devoción desconocida antes de él” (LM 9, 1).

Se trata de una realidad imaginada y recreada por el contemplador, “la imagen de una presencia íntima y sagrada, todo el misterio de las honduras invioladas del alma en el corazón de la materia” (Eloi Leclerc, *El Cántico de las Criaturas*, p. 28).

El texto de san Buenaventura al que nos referimos anteriormente, y que Hopkins había transcrito en su diario, es el siguiente:

“Todas las criaturas le impulsaban al amor divino, exultaba de gozo en cada una de las obras de las manos del Señor, y por el alegre espectáculo de la creación se elevaba hasta la razón y causa vivificante de todos los seres. En las cosas bellas contemplan al que es sumamente hermoso, y mediante las huellas impresas en las criaturas buscaba por doquier a su Amado, sirviéndose de todos los seres como de una escala para subir hasta Aquél que es todo deseable. Impulsado por el afecto de su extraordinaria devoción, degustaba la bondad originaria de Dios en cada una de las criaturas, como en otros tantos arroyos derivados de la misma bondad; y, como si percibiera un concierto celestial en la armonía de las facultades y movimientos que Dios les ha otorgado, las invitaba dulcemente —cual otro profeta David— a cantar alabanzas a Dios” (LM 9, 1).

Este texto es una síntesis de toda la teología simbólica y mística bonaventuriana contenida especialmente en el *Itinerarium mentis in Deum*, una teología dinámica y relacional, y con un lenguaje que participa de la propia condición de la poesía, como sucede, por lo demás, con no pocas páginas de los textos primitivos franciscanos, que son un reflejo del propio talante intuitivo-emotivo y la capacidad imaginativa de san Francisco. El mundo, en esta perspectiva simbólica, es una *escala* para acceder a Dios, *fuentes* de toda belleza, plenitud fontal de la que fluyen hacia las criaturas como unos hilillos de gracia y “alegría”. Esa fontalidad primordial o esa belleza originaria es lo que san Francisco “contuía” (*contuebatur*) y lo que lo “sobre-elevaba” a su origen y principio. San Buenaventura multiplica los símbolos: sombra, vestigio, espejo, fuente, escala, etc., para explicar cómo el hombre es capaz de “especular” en sí mismo y en el ser de las criaturas a Dios y al Verbo de Dios.

El término *contuición* está entre los más característicos de san Buenaventura, y expresa el conocimiento indirecto, la aprehensión de las realidades que están más allá de los datos objetivos y primarios, y que en la concepción de san Buenaventura, como en la de Hopkins están vinculados al “Primer principio” o el “Padre Engendrador”.

La capacidad “contuitiva” de Hopkins, agudizada por su inteligencia, su temperamento creativo y su desvelado siquismo, hacían que su espíritu se empinara como connaturalmente, al igual que el de san Francisco, hasta el origen de la vida y la fuente de toda belleza, hasta alcanzar a veces ese “*excessus mentis*”

o “notitia excessiva”, expresión de san Buenaventura para expresar el arrobo extático, que sin duda Hopkins experimentó, como lo demuestran algunos de sus poemas —siempre fue muy celoso por ocultar lo que él llamaba sus “secretos”—.

De todos modos, muchos de sus poemas revelan estados de verdadera “sobre-elevación” o de una verdadera y a veces subida contemplación. En todos esos poemas la realidad objetiva aparece como liberada de la materia, espiritualizada, de manera que la inteligencia y la voluntad encuentran el camino expedito para descubrir, a través de esa realidad recreada por el poeta, esa materia imaginada, los vestigios de Dios y las semillas del Verbo, presente “ejemplarmente” en las criaturas. Todo esto es pura doctrina bonaventuriana, y también hopkiniana.

Otro de los aspectos de Hopkins que remiten claramente al Doctor seráfico es su exaltada admiración por la multiplicidad y variedad de la belleza creada, su “regularidad y parecido, templado con la irregularidad y diferencia”, de modo que se podría decir metafóricamente que cada cosa es un poema rimado, afirma Hopkins. San Buenaventura canta un himno a la grandeza de Dios en su *Itinerarium*, considerando el origen, grandeza, multitud, hermosura, plenitud, múltiple operación y orden de las cosas, que “dan a entender manifiestamente la primacía, sublimidad y dignidad del Primer Principio” (*Itinerario*, I, 14), cuyo Espíritu contempla bellamente Hopkins como empollando la belleza del mundo: “sobre el mundo escorado / lo cobija con su caliente seno y sus brillantes alas”.

Para san Buenaventura, el universo de Dios no es una masa inerte sino una tensión ardiente, el “macrocosmos” que debe armonizarse progresivamente con el “microcosmos”, “nuestra alma, que se dice mundo menor”, a través de un proceso de “especulación” e iluminación que vaya revelando su oculto misterio (*Itinerario* II, 2), porque las criaturas no son otra cosa que espéculos y copias del divino “ejemplar”. Y su más perfecto trasunto es el Verbo, misteriosamente presente en la creación, que tiene así una figura cristológica, por potencia y presencia sacramental, “Cristo en diez mil formas”, según la expresión de Hopkins, que “juega agradablemente en sus miembros, y con ojos que no son suyos se eleva a su Padre por los trazos humanos”.

Y no solo “juega agradablemente” sino también “agoniza” en sus miembros. El más famoso poema de Hopkins, *El naufragio*, es la historia de la implicación de Dios y del Verbo hecho carne en la pasión de cinco monjas franciscanas, su Pascua. Su vida fue “encuentro y reflejo y cifra de Cristo doloroso, la marca de su hechura de hombre, cuya palabra es Sacrificado”. Ya hemos dicho que la propia vida y experiencia religiosa de Hopkins estuvo marcada también y aquilatada por el sufrimiento. En el ápice de esa experiencia, su larga noche del espíritu al final de su vida, y en la participación de “esa bendita agonía y tensión de sí mismo en Dios” de Cristo, es donde lo descubre sobre todo como Padre misericordioso: “Tú eres relámpago y amor, lo supe, y eres frío y calor, / padre y amante del corazón al que estrujaste, / y cuanto más oscuro tu paso más misericordioso” (*El naufragio*, 9).

La propia experiencia de las criaturas es para Hopkins luminosa y lacerante a la vez, porque fue especialmente sensible a los aspectos trágicos de la naturaleza, y porque la “creación entera gime con dolores de parto, hasta que sea liberada de la corrupción” (Rom 8, 19-22). Y sabía muy bien, como Schelling, que “un velo de tristeza se extiende sobre toda la naturaleza, una profunda, implacable melancolía recubre toda vida”. Acaso esa simpatía de Hopkins por las criaturas de Dios tan “sujetas a la vanidad” —en varios poemas lo manifiesta con acentos casi dramáticos: “¡oh, Cristo, toma, recibe, antes de que se corrompan / se nublen y agríen con pecado las almas inocentes!”— explica mejor que nada su propensión a la melancolía. “El fondo más oscuro y profundo de la naturaleza es el anhelo... es la melancolía. Esta, sobre todo, crea la simpatía del hombre por la naturaleza, porque en ella el fondo más profundo es, asimismo, la melancolía. Tam-

bién la naturaleza se lamenta por un bien perdido” (Schelling, citado por P. Tillich, en *Se conmueven los cimientos de la tierra*, Barcelona (1978), p. 130).

Pero, desde esta perspectiva, la de la “agonía” del mundo y la propia experiencia de desintegración y disolución, “el río que durando se destruye” (Neruda), es donde Hopkins se abre a una esperanza liberadora y al “consuelo de la resurrección”: “No, desesperación, tú, no, consuelo / de la carroña / no serás mi festín... ¿Por qué me aventas / en borrascosas ráfagas / a mí, apilado acerbo, enloquecido / por huirte, escapar? / ¿Por qué? Para que vuele el tamo y que mi trigo / yazga limpio y desnudo” (*Consolación de la carroña*). Y esto por su profunda fe y su grandiosa concepción inspirada en Duns Scoto de la presencia sacramental y sacrificial (eucarística: “la fe, sin eso, dice, es tenebrosa, peligrosa, ilógica”) de Cristo en el mundo, aun antes de la creación, que Hopkins traduce con su peculiar lenguaje expresivo y simbólico, extremando la hipótesis del Doctor Sutil:

“La primera intención de Dios fuera de sí mismo, como se dice *ad extra*, el primer impulso hacia el exterior (*outstress*) de la potencia divina, fue Cristo; y nosotros debemos admitir que el siguiente fue la bienaventurada Virgen María. Pero, ¿por qué el Hijo ha salido así del Padre, no solamente en su generación intrínseca eterna de la Trinidad, sino también de una manera extrínseca, y menos que eternal, digamos *éónica*. Es para glorificar a Dios, y esto por el sacrificio, un sacrificio ofrecido en el desierto vacío fuera de Dios... este sacrificio y esta generación hacia afuera son consecuencia y un reflejo de la generación desde la Trinidad, misterio del que todo sacrificio trae su origen, pero de esto no quiero hablar ahora. Es como si la bendita agonía y la tensión de sí mismo en Dios hubiesen hecho saltar gotas de sudor y sangre, y que estas gotas fueran el mundo; o como si las lumbreras encendidas en la fiesta de la ‘pacífica Trinidad’ se hubiesen escapado por algunas pequeñas grietas y hubieran hecho así iluminar un sector del mundo de las criaturas posibles. El sacrificio sería la Eucaristía” (Sermones).

La espiritualidad de Hopkins es una espiritualidad pascual, porque está enraizada en una búsqueda apasionada y en una casi exasperante tensión hacia el futuro: Dios. La suya fue una existencia “agónica”, es decir marcada por la lucha consigo mismo y con Dios. Sus frustraciones fueron fruto de su puritanismo anglicano y su perfeccionismo, pero se advierte también en su poesía una secreta complacencia en sus propias desolaciones, especialmente al final de su vida, cuando se podía esperar, teniendo en cuenta la intensidad de su anhelo y su esencial fidelidad a sus compromisos religiosos, que se abandonara en las manos de Dios en lugar de retarlo y enfrentarlo casi como si fuera un enemigo, o al menos un adversario: “Si fueras un enemigo, Oh Tú, mi amigo, / ¿podrías desbaratarme, me pregunto / peor aún de lo que me derrotas?” (*Terribles sonetos*). Por este “camino de detestación y desesperación” llegó incluso a una total y totalmente injusta desestima de sí mismo: “Yo, eunuco del tiempo, no consigo criar nada que viva”.

Encontró la paz y una alegría desbordante que brotó como un surtidor de la propia raíz de su desamparo cuando dejó de alardear, por decirlo así, de su propia desolación, y agotado e inerme por la fiebre tifoidea se tendió desnudo en el lecho, como Cristo en la cruz, a esperar la muerte.

El naufragio del *Deutschland*, una verdadera sinfonía pascual, bien podría ser considerada como una alegoría de la propia vida del autor, y en cierto sentido también una profecía, ya que fue su primer gran poema religioso. Se trata de un original y dinámico contrapunto entre el hundimiento de ese barco en la desembocadura del Támesis y la muerte de cinco hermanas franciscanas expulsadas de Alemania que viajaban en él y los propios sentimientos y los estados de alma del autor, empujado “con horrores de vértigo al abismo”, en su lucha con Dios, “margen del mundo, vaivén del mar”.

El análisis de este magnífico poema, por su originalidad, su esplendor formal y su densidad teológica, podría llenar muchas páginas, y de hecho las ha llenado ya. Su tema central es la antítesis muerte-vida, con otros muchos sub-temas

que se entrecruzan con el principal; y que ofrecen numerosas claves de lectura —Duns Scoto está aquí también muy presente con sus más originales intuiciones teológicas, especialmente la más cara a Hopkins: la primacía absoluta de Cristo, razón y fin de toda la creación— que hay que interpretar a la luz del resto de la poesía y otros escritos del autor.

El núcleo del poema es la muerte redentora de Cristo y la universalidad de la salvación. La gracia de la redención —que hubiera tenido lugar aunque el hombre no hubiera pecado, según la teoría de Scoto, y Hopkins lo recuerda aquí a su manera netamente elíptica— va “cabalgando el tiempo como domando un río”, y “su misericordia jinetea todos los océanos”, todas las tempestades, y da sentido al naufragio y toda destrucción, a cada muerte y a todas las muertes: “una cosecha que llevó a Ti su grano”.

San Francisco se hace presente también en ese escenario (“Padre Francisco, goza este acontecimiento / tú llevado hasta la Vida muerta”), autenticando y marcando con el sello de sus cinco llagas, “visión de aquel amor crucificado”, las cinco muertes de sus cinco hijas.

Denso y difícil, pero con un riguroso y novedoso —y es poco decir— desarrollo conceptual y formal, una compleja y contrastada construcción rítmica y un deslumbrante y muchas veces áspero juego de imágenes y símbolos, el poema exhibe una variedad y riqueza cromáticas excepcionales. No dudamos en afirmar que se trata de una de las cumbres de la poesía religiosa de todos los tiempos.

Conclusión

Si la vida de Gerald Manley Hopkins fue tan contradictoria y paradójica —toda existencia auténtica lo es—, y a la vez tan coherente, no fue solo a causa de su “fragilidad” o sus limitaciones y enfermedad; lo fue principalmente porque no se resignó a ser un conspicuo e ilustrado “hombre de Oxford” y un “devoto anglicano”, o como él decía, “un crédito para la religión”, ni tampoco un “buen jesuita” —lo fue, y más que eso—. Eligió el camino más difícil, el de la libertad interior y la autenticidad, la verdad sobre sí mismo, “es el dedo de Dios tocando la auténtica vena de mi personalidad”, fiel a sus más profundas y personales aspiraciones y tendencias, a su genio creativo y a lo que entendía, no siempre bien inspirado, como exigencias de su fe y su vocación religiosa.

Se sabía singular y distinto, y aceptó su destino sin hacerse demasiadas ilusiones acerca de sí mismo y de la validez de su propia obra literaria, sin sospechar nunca que llegaría a ser contado entre los mayores poetas de su tiempo.

La suya fue una existencia profunda, y la conquista de esa profundidad le exigió renunciaciones a veces innecesarias, obsesionado como estuvo siempre por una búsqueda de alguna manera utópica de la “más alta belleza, la gracia toda”, que pudiera incluso haberlo frustrado, no sólo como poeta, sino también como cristiano y religioso.

No fue así por la gracia de Dios, porque a pesar de sus tendencias represivas y obsesivas y su puritanismo, fue siempre fiel a la “dominante” de su “línea y estado: el Amor”, y porque amó también con una ternura y una delicadeza incomparables a todas las criaturas de Dios, elevándose desde ellas hasta el que es la Fuente de toda belleza.

La Virgen comparada al aire que respiramos

Aire indómito, que hace de madre del mundo,
aire que en el nido de sus brazos cifiéndome
cada cabello, cada pestaña
moldea; empapa
—vellón sedoso, fragilísimo tamo—
el copo de nieve; y en la vida
de cada cosa menudísima
se mezcla y compenetra y abunda;
este elemento imprescindible,
inexhaustible, almo,
más que carne o bebida
mi manjar a cada parpadeo,
este aire que, por ley vital,
mis pulmones no cesan de inhalar
ahora mientras exhalo su alabanza,
multiformemente me evoca
a la que no solo ofreció
bienvenida en seno y pecho
a la infinitud de Dios
achicándose infante,
le dio vida y leche y todo lo demás,
sino que alumbró hoy cada nueva gracia
que a nuestra raza alcanza.

María inmaculada,
una simple mujer,
pero de una presencia
de una más soberana fuerza
de lo que nadie soñó o supuso jamás
para ninguna diosa; su única obra:
permitir avanzar a través de ella la gloria de Dios
que ha preferido
derramarse por ella, fluir de ella a lo lejos,
y no de otra manera.

Afirmo que la misericordia
se arremolina en torno nuestro
y nos ciñe como aire,
y María —lo canta su nombre— mucho más,
tejido silvestre, túnica portentosa,
arropa el orbe pecador;
pues Dios a sus plegarias
dejó la Providencia:
y es más que limosnera,
Ella es la dulce limosna,
y los hombres han sido hechos para participar
su vida, como la vida el aire.

Si bien lo entiendo, Ella ejerce
una Real maternidad
en todo espiritual bien.
Y en el drama de la gracia,
junto al palpito del corazón humano,
Ella —sutil honda de aire—
amansa la danza macabra de la sangre.
Y en su papel, ahí siempre,
es sin tregua Jesús Salvador nuestro.
Tomó carne en su carne,
e incesante renace
—misterio inalcanzable—
no ya en carne, en espíritu,
y, prodigio, en nosotros levanta
un nuevo Nazaret

donde ella día y noche conciba
al alba, al mediodía, a la noche,
nuevos Belén
en que seguir naciendo
a la noche, al mediodía, al alba,
Belén o Nazaret
en que los hombres con avidez de vida
aspiran a Cristo y la muerte es burlada.
Y Cristo, recién formado,
se siente pujar en el interior
de cada uno, cual otro y noble yo,
y a cada uno le hace más y más, hasta el fin,
a la vez hijo de Dios y de María.

Alza tu rostro ahora:
¡Mira qué azul está el aire!
¡Qué azul! No, ponte simplemente en pie,
eleva tu mano a lo alto:
itáctil rebosa caudaloso
entre tus dedos!
Ese ámbito compacto,
hinchido, traspasado de zafiro,
no mancilla la luz.
Nótalo bien:
no causa ningún prejuicio.
En el regazo del día azul cristal,
cada color es nítido,
las sombras y las formas evidentes.
Azul sin duda el cielo: pero ese cielo azul
transmite perfecto, intacto, inalterado,
el rayo solar de siete colores,
y si esa frágil lozanía
allá arriba, allá lejos respira,
por este nuevo respiro
la tierra se embellece.

Pues si el aire no le bañara el azul
y mitigara su ardor,
el sol retemblaría,
fulgúreo y ofuscante globo, cerrado de negror,
y densas en torno suyo
rodarían las estrellas,
esquirlas reverberantes de carbón,
vetas de cuarzo, chispas de sal,
en una inmensa bóveda mugrienta.

Así era Dios cuando era el Dios de antaño:
llegó una Madre
y modeló unos miembros como los nuestros,
que habían de hacer a nuestro sol
mucho más entrañable a los hombres:
cegaría desnudo el caudal de su gloria,
se adueñaría menos de nuestro querer;
a través de ella, sin oscurecerse,
su presencia es más suave,
ella tamiza con su mano el resplandor
según nuestros débiles ojos.

Sed, pues, Madre querida,
mi atmósfera,
mi país más feliz, por donde
pueda andar sin encontrar pecado.
Cúbreme, anégame, pónsate en torno mío.

Y pon frente a mis ojos obstinados
un dulce cielo invulnerado;
vibra en mis oídos y habla en ellos
de amor de Dios, oh aire vivo,
de paciencia, de penitencia, de plegaria;
aire indómito, que haces de madre del mundo,
troquelado por ti, una isla en ti,
estrecha, estrecha fuertemente a tu hijo.

(G. M. Hopkins. Trad.: José Roig, S J.).

Bibliografía

- MANUEL LINARES MEGIAS, *Gerald Manley Hopkins. Antología bilingüe*. Traducción y estudio preliminar, Sevilla (1978).
- MANUEL LINARES MEGIAS, *Camino de perfección de Gerald M. Hopkins*, en MANRESA, vol. 52, p. 319-350.
- EDISON SIMONS, *Gerald M. Hopkins. Poemas*. Incluye también fragmentos de sus cartas, sermones y diario, Visor, Madrid (1974).
- EMILIO DEL RIO, *Antología de la poesía católica del siglo XX*. Incluye 12 poemas de Hopkins.
- DAMASO ALONSO, *Seis poemas de Hopkins*, en "Poetas españoles contemporáneos", Ed. Gredos, Madrid.
- LUIS CERNUDA, *Gerald Manley Hopkins*. Prosa completa. Biblioteca Crítica Barral. Ed. Barral, Barcelona (1975).
- OSVALDO POL, "*Hopkins*": *una extraña experiencia*. ESTUDIOS, n. 551 (1964), Buenos Aires.
- ZENAIDA GUTIERREZ VEGA, *La obra poética de Hopkins a través de algunos poemas*, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, 75 (1968), Madrid.
- LEONARD J. BOWMAN, *Bonaventure and the poetry of Gerald Manley Hopkins*. S. Bonaventure 1274-1974. Volumen conmemorativo del VII Centenario de su muerte. III. Pág. 553. Grottaferrata (Roma) (1973).

La bibliografía sobre Hopkins en inglés es muy amplia. Quienes se interesen por ella pueden consultar el libro citado en primer término del P. Manuel Linares Megias, págs. 231-236.